



XVI ENCUENTRO LATINOAMERICANO DE DISEÑO

26 AL 30 DE JULIO // 2021 XVI edición



Imaginario social de ciudad relecturas desde el habitar

- MANIZALES – COLOMBIA -



Sergio Andrés
Restrepo J.



Andrés Felipe
Roldán G.

sarestrepoja@unal.edu.co
Arquitecto, Mag. Diseño y Creación
Interactiva Universidad de Caldas
Manizales - Colombia

anroldang@unal.edu.co
Diseñador Industrial, PhD. Diseño y Creación
Docente Escuela de Arquitectura y
Urbanismo Universidad Nacional de
Colombia - Sede Manizales

Imaginario social de ciudad: relecturas desde el habitar

Resumen

La ciudad contemporánea expone una escenografía para el accionar consciente de sus habitantes, una puesta en escena de las dinámicas propias de una relación de mutua afectación entre ciudadanos y contexto; el continuo trasegar de estos actores tiene repercusiones en sus habitantes y en el imaginario de la ciudad que se deconstruye constantemente. A través de la etnografía se establece una herramienta capaz de configurar una relectura de los espacios que brinda la ciudad, considerando el habitar como una construcción en constante transformación del espacio que reescribe permanentemente el imaginario individual; una transición colectiva del espacio al lugar denotando sentires emocionales y racionales desde cada individuo, lo que redefine el acto de habitar.

Palabras clave: imaginarios, ciudad, habitar, relecturas de ciudad, Etnografía

HACIA UN IMAGINARIO SOCIAL DE CIUDAD

La ciudad es el escenario por excelencia del habitar en sociedad, de un habitar que se aglomera en las estructuras urbanas de alta demanda y que resulta como epicentro de las dinámicas económicas, sobrepobladas y edificadas donde convergen innumerables personas. La ciudad no es propiamente la figura antagonica del campo y la ruralidad, sino el discurso que complementa desde

otras lógicas un vivir y existir distinto, alejado de la producción agrícola y concentrado en la centralización de las riquezas.

Más allá de las posturas que de allí se puedan derivar, el escenario de la ciudad constituye por su naturaleza un escenario de alta convergencia. El “desarrollo” de su infraestructura responde a demandas de la sobrepoblación, al desequilibrio entre lo natural y lo artificial, lo adecuado, lo adaptado y lo transformado. La apariencia física de la ciudad, su distribución en la geografía y su territorialidad hablan de sus dinámicas propias y la apropiación de sus dinámicas, una relación cultural que trasciende del ejercicio urbanístico. ¿Qué nos cuenta la ciudad más allá de sus evidencias físicas?. El trasegar de sus habitantes tiene consigo la ciudad misma que viaja con ellos, que se dinamiza en sus prácticas cotidianas y que resulta en un constructo simbólico que sobrepasa la materialidad de ella misma, hablamos entonces de una ciudad imaginada, de una ciudad intangible, de una ciudad inaprensible que se halla en la concepción colectiva de quienes se relacionan con ella, un imaginario colectivo en constante definición y que se nutre de las experiencias vividas de sus transeúntes, sus visitantes y sus habitantes.

Podemos afirmar entonces que el imaginario colectivo de las ciudades se construye desde sus habitantes, esta figura de representación del habitar implica un reconociendo de relaciones, actores y contextos, incluso aquellos que se están abordando en el presente texto. Es posible visualizar un amplio abanico de modelos de pensamiento capaces de analizar la ciudad desde múltiples puntos de vista, desde una mirada multidisciplinar.

Para el propósito de esta aproximación indagaremos en la etnografía como un método investigativo en el cual se realiza un reconociendo de los actores humanos y de contexto al mismo tiempo que involucra al investigador en los procesos de recolección y análisis de datos; en palabras de Guber:

“La etnografía implica un enfoque, un método y un texto. Como enfoque busca comprender los fenómenos sociales desde sus propios “actores”, “agentes” o “sujetos sociales”, describiendo el qué, el cómo y el por qué. Como método abierto de investigación se refiere a la actividad conocida como “trabajo de campo”, a través del cual se busca representar, interpretar y comprender determinados aspectos en el grupo estudiado. Como texto se refiere a la obra escrita por el investigador en donde se muestran los resultados obtenidos por medio del análisis de datos.” (2001, p. 10).

A lo largo de nuestra indagación el método etnográfico permitió realizar una relectura de los aspectos que configuran el imaginario de la ciudad.

El investigador se complementa de la etnografía para generar una conexión más directa con la ciudad como medio y contexto al experimentar las vivencias en primera persona y plasmar sus significaciones a lo largo del proceso; parte del discurso de Restrepo (2016) menciona:

“De una forma muy general, la etnografía se puede definir como la descripción de lo que una gente hace desde la perspectiva de la misma gente. Esto quiere decir que a un estudio etnográfico le interesa tanto las

prácticas (lo que la gente hace), como los significados que estas prácticas adquieren para quienes las realizan (la perspectiva de la gente sobre estas prácticas) [...] Así, lo que busca un estudio etnográfico, es describir contextualmente las relaciones complejas entre prácticas y significados para unas personas concretas sobre algo en particular.”(p. 16).

Es aquí donde la etnografía se ratifica para poder comprender de manera más cercana el habitar en la ciudad contemporánea y genera una relación estrecha entre el ente investigado y el investigador. En las prácticas etnográficas los fenómenos de estudio constituyen el escenario de inmersión y los investigadores, interesados en conocer sus características se envuelven cuidadosamente en sus prácticas cotidianas, procurando la mínima alteración del fenómeno o situación de interés.



Figura 1: Tríada del imaginario de ciudad. Autoría propia.

Las reflexiones derivadas de la investigación se sitúan en los intersticios del ejercicio etnográfico que vincula la ciudad, el habitar en la ciudad y los imaginarios sociales que de allí se derivan, un punto de encuentro dinámico, de convergencia y mutua afectación.

EL IMAGINARIO SOCIAL

Ellard (2016), ve en la capacidad de sentir, un factor que permite al ser humano actuar en la escenografía que el lugar le brinda, haciéndose partícipe de

construcción de un imaginario social cuando incluyen conceptos como lógica, emoción, mente y corazón, términos que se perciben como aparentemente opuestos y ajenos al rigor científico, debido a que hacen parte del ser humano y lo dotan de la capacidad de racionalizar. El papel vital de la emoción es fundamental en la regulación del comportamiento racional y son estos sentimientos, grandes responsables de producir percepción y memoria a largo plazo. Es precisamente allí, donde gracias a la percepción de mundo y a la experiencia estética individual con la ciudad que las memorias se establecen como parte del recuerdo, y cada una de las imágenes cobran relevancia contundente en las formas con las cuales los transeúntes establecen vínculos afectivos con los lugares, generando sentimientos diversos hacia los mismos y desencadenando en imaginarios sociales. Todos ellos se construyen individualmente, como resultado de la experiencia vivida del habitar y haber habitado. Sin embargo, algunos trascienden al cohesionarse con imaginarios individuales para adherirse a los imaginarios colectivos. Son precisamente esos los que facilitan la relectura de lo social, los que constituyen en sí el imaginario social y sus relecturas colectivas.

Del mismo modo Barrios et al. (2018), hace destacar las narrativas de la ciudad como elemento primordial para comprender y construir la imagen de la misma, en sus palabras: “Se apela a experiencias, anécdotas, vivencias, recuerdos, aprendizajes y prácticas para nombrar las calles, las esquinas, las terrazas, las tiendas y, de manera emergente, se posicionan unos referentes identitarios desde el espacio barrial como imagen de ciudad.” (Barrios et al., 2018, p. 52,53). Son estos lugares los que en el tiempo se significan a sí mismos en la

memoria colectiva de los ciudadanos, lo que posteriormente los transforma en parte del imaginario de la ciudad, y si bien algunos se condenan a desaparecer en el espacio físico aún se pueden encontrar en la memoria de algunos de ellos.

Un ejemplo contundente es mencionado por Silva (2006): “Como puede comprenderse con la lectura de las distintas narraciones, uno bien puede hacerse a "la imagen de una ciudad" a través de los distintos cortes que en conjunto sus pobladores establecen para narrarla desde su parque central.” (p. 87), con lo que se refuerza la teoría de Barrios et al. (2018) y cómo algunos espacios físicos se transforman en simbólicos debido a factores como saberes, prácticas, discursos o imágenes, que resultan de mutaciones estimuladas desde las narrativas con las cuales se refieren quienes interactuaron en algún momento con ellos.

El cambio que sufren estos imaginarios en el tiempo, en relación a las modificaciones físicas / intangibles de la ciudad toman como base la experiencia del habitar, las experiencias vividas al interactuar con el lugar, diferentes estímulos que se presentan a través de los sentidos, estableciendo una memoria eidética que posteriormente se comparte estableciendo imaginarios comunes.

Este planteamiento permite estructurar un esquema de identidad del lugar; Reyes-Guarnizo (2014), afirma que el imaginario colectivo es:

“La construcción de la representación social y cultural, tanto individual como colectiva, de una práctica socio-cultural en un determinado espacio en dónde lo simbólico se relaciona con la producción social de un tipo de cultura; a partir de la interacción, los significados y símbolos que

pernean una territorialidad. Las imágenes mentales que cada persona produce se hacen colectivas en tanto se comunican en un grupo social.” (p. 3).

Es precisamente por esto que el imaginario es una figura maleable y fácilmente alterable que evoluciona y se adapta a los ciudadanos, un constructo elaborado por y para los habitantes, en una inferencia social de la experiencia individual.

Estos imaginarios sociales transforman a la ciudad en un depósito de memoria colectiva entre los vivos, las memorias de épocas anteriores y los que ya no están con nosotros, desde este punto de vista la ciudad es habitada mientras que fantasmas errantes derivan junto con los recuerdos de antepasados y otras épocas; este tipo de dualidades no solo se presentan a nivel emocional, tal como lo menciona Díaz Arenas (2015), quien plantea otra dualidad:

“A parte del salto de lo técnico a lo estético, podría concluirse igualmente que el lenguaje transita nuevas configuraciones imaginarias, en las cuales, de manera singular, la dupla tecno – estética, adquiere grandes connotaciones en el territorio educativo marcado por imaginarios sociales”(p. 190).

Es en este escenario donde se hace evidente la presencia del lenguaje en sentido estético como componente fundamental para el análisis de los imaginarios y cómo las nuevas tecnologías y relaciones presentes en la virtualidad permiten un diálogo que retroalimenta la forma de educar y generar verdaderos cambios en las urbes contemporáneas.

Es necesario considerar la construcción del imaginario social desde aquellas imágenes interiorizadas, como el elemento de peso en la memoria colectiva de una comunidad; sumado a lo que Villar Lozano y Amaya Abello (2010), describen:

“Se comprende por imaginario todo aquello que nace y vive en la mente del ser humano y se traduce en la conducta, y en elementos y manifestaciones físicas y culturales. Cuando los imaginarios son aceptados por una colectividad se vuelven imaginarios colectivos, y de la misma manera se representan colectivamente.” (p. 17);

Estos planteamientos constituyen elementos clave para la comprensión de los imaginarios de la ciudad, de los imaginarios colectivos y de los imaginarios sociales desde la experiencia vivida del habitar.

EL HABITAR

El habitar corresponde a una acción profunda del ser humano, el existir en algo, en algún lugar. Acciones como el andar, recorrer y morir son acciones del habitar en la cotidianidad, un recorrer mencionado por Silva (2006), se desarrolla en los caminos y como esa “tierra Hollada” deja marca en quien pasa por ella, una relación de mutua afectación:

“En ocasiones los deseos de muchos hacen que al recorrer el mismo camino éste quede marcado. Luego el efecto se produce, al contrario: caminos marcados dejan huellas en sus usuarios y así sucesivamente en la historia.

Reconocer un espacio en una u otra forma marca unos destinos imaginarios.”

(Silva, 2006, p. 65).

El contexto del habitar viene del hábito, ese suceso que se normaliza en la rutina y se hace cotidiano, que se desenvuelve en los habitáculos o lugares para habitar, que se expande en la habitación o el lugar privado que habito y que delimita en todas sus formas una relación estrecha entre el lugar y el sujeto.

El habitante entendido como el sujeto que habita, es sin lugar a dudas un sujeto adscrito al territorio, al hábito de morar en él, un sujeto que habita en los límites de su corporalidad, en las temporalidades de su existencia y en los límites de su territorialidad. El habitante habita en tanto es y existe, se expande en tanto visita, circula, transita y se despliega en lugares. El lugar lo hace quien lo habita.

Algunas prácticas del habitar aluden al acto natural del desplazamiento, el recorrer, el movimiento. Como sujetos de temporalidad, el desplazamiento en el tiempo ya nos hace móviles, dinámicos y cambiantes, aspectos fundamentales para denotar los significados propios del transeúnte, que en palabras de Silva (2006), apoya el hecho de que es el recorrer o vivir lo que marca este sentido en los ciudadanos.

Habitar en la ciudad, es participar de ella directa e indirectamente, es sumergirse en el lugar que ella ocupa, desplegarse por sus rincones, expandirse en las prácticas de su cotidianidad, en un trasegar que implica movimiento y

existencia, desplazamiento y temporalidad, experiencia individual y colectiva, imaginario personal y colectivo. Habitar es más que vivir, es más que visitar, es más que transitar. Implica una reflexión del ser/estar, del apropiarse, comprender e interpretar, del participar de un todo que de alguna manera se encuentra por fuera de nosotros; no es posible habitar sin un afuera. Una reivindicación del adentro que es el lugar donde estamos en relación a todos los lugares donde podemos estar.

El habitante se debe al lugar y el lugar se define como el sitio habitado, una relación que se establece entre espacio, tiempo y sujetos.

LA CIUDAD

Filardo (2001), menciona dos elementos que componen una ciudad, el primero son aquellos registros materiales que se muestran en las calles: la arquitectura, los edificios o museos entre otros, y el otro corresponde a aquel patrimonio intangible, menciona: “Al hacer referencia al patrimonio intangible constituido por relatos, mitos, leyendas e imágenes, vale preguntarse si todos tienen la misma posibilidad de participar en su producción, o de protegerlo, de cuidarlo, de registrarlo y comunicarlo.”(p. 39), exponiendo de este modo que la complejidad de una ciudad permite que solo se conozcan segmentos de la misma en el plano físico, lo demás se conoce a través de imaginarios que se desarrollan por lo que se conoce a través de narraciones de terceros, o a través de los medios de comunicación, cualquiera sea el caso, son estos dos elementos partícipes en lo

que la ciudad significa y parte de las razones por las cuales está en constante proceso de transformación.

Concretamente la afectación de los medios de comunicación en lo que se denomina la imagen o marca territorial como factores que operan desde prácticas sociales internas; la contemporaneidad se ha encargado de que a través de nuevas prácticas de apropiación ciudadana emerjan grupos como las tribus urbanas:

“Los elementos definitorios de las tribus urbanas son la apropiación de determinados territorios en la ciudad, por parte de la tribu, códigos estéticos y prácticas sociales constitutivas de su identidad, contraseñas que distinguen a la tribu y a sus miembros (vestimenta, adornos, música, colores, etc.).” (Filardo, 2001, p. 43).

Son estas tribus urbanas las responsables de componer ciudad, también se podrían considerar sinónimo de lo que hoy se considera como “culturas urbanas” (Villar Lozano & Amaya Abello, 2010).

Si bien el concepto de cultura urbana es un término usado para referirse a agrupaciones más jóvenes, son las características de los diferentes grupos que habitan la ciudad los elementos que permiten construir identidades individuales y colectivas, un cúmulo de experiencias y expresiones que constituyen en sí la identidad de la ciudad.

Para Silva (2006), existen algunas expresiones artísticas que componen la identidad urbana en las ciudades latinoamericanas y que pueden entenderse en un sentido identitario colectivo. Los Grafitis por ejemplo, pueden comprenderse como tatuajes urbanos que aportan un registro visual invisible o que no quiere ser visto, efímero y acompañado de toques poéticos publicitarios, partes conscientes de la simbología urbana donde lo no deseable estéticamente irrumpe en el tejido constante de la urbe para romper estéticas tradicionales.

La ciudad es un organismo vivo que se configura y reconfigura en relación a quienes la habitan, sus maneras de vivir en ella, de interpretarla, leerla y decodificarla. La ciudad es imparable, indetenible, en tanto se nutre de todos quienes viven experiencias en ella y aportan a una construcción identitaria colectiva.

RELECTURAS DESDE EL HABITAR

El habitar un espacio físico conscientemente marca el imaginario individual, debido a esta caracterización es que el espacio se marca como lugar, denotando sentires emocionales y racionales en cada individuo. Este tipo de narrativas individuales se construyen de manera constante en cada uno de los habitantes de una ciudad y se ven permeadas por los medios de comunicación (hoy día redes sociales) u otras narrativas que alteran el imaginario personal, y que a un largo plazo terminan afectando el imaginario social.

Son estas recolecciones narrativas de ciudad las que se identifican como ideas preconcebidas, prejuicios espaciales o narrativas transmitidas a través de la publicidad, el voz a voz o las redes sociales como las plataformas de transmisión de imaginarios. Si bien buena parte de esta información se enmarca en los intereses de quienes la difunden y son fundamentales para la significación de una ciudad, resultan sumamente variables y propensas a la transformación continua que tiende a deformar las realidades de un lugar.

Las narrativas de la cotidianidad ofrecen interpretaciones de los rasgos culturales y sociales identitarios de un lugar, en clave de vivencia y experiencia se asumen como ciertos aquellos argumentos basados en sucesos demostrables, en sitios existentes o en personas que muestran afinidad a dichos planteamientos. Las narrativas excluidas, las voces de esos actores otros que transitan el escenario de la ciudad y contraponen argumentos ayudan a consolidar una identidad diversa, con matices según la lectura de sus habitantes.

El sentido de habitar se refiere a la relación consciente del existir y estar en un lugar determinado, al reconocimiento del yo como un sujeto que habita y que elabora un imaginario del lugar en la medida que se ve reflejado en él, que lo transita y que se encuentra inmerso en sus dinámicas. El sentido estético de su experiencia le permite al sujeto configurar su imaginario individual y aportar al imaginario colectivo del lugar.

A diferencia del imaginario social, que se refiere a la concepción social del lugar, es decir, al despliegue de las prácticas sociales y culturales del lugar y sus

habitantes, el imaginario colectivo se entiende como la aglomeración de imaginarios individuales sobrepuestos entre los que se destacan aquellos coincidentes que fortalecen un rasgo identitario. Ambos se construyen desde las experiencias individuales con la ciudad y responden a las expectativas que sobre ella se establecen permanentemente.

El imaginario social resulta siendo un flujo de significaciones, interpretaciones y deducciones que circulan a través de un territorio específico, desde las vivencias individuales y colectivas, directas e indirectas, precisas e imprecisas que se le asignan en la búsqueda permanente de la identidad de un lugar.

El sujeto que habita, habitante, transeúnte o visitante requiere (para su tranquilidad) establecer el imaginario que le corresponde al lugar, ya sea una construcción individual o colectiva que le permita predisponerse a la interpretación de las señales que encuentre en su trasegar y generar un juicio que le afirme o niegue las posturas a priori sobre la ciudad.

Bibliografía

- Barrios, L. L., Bello, R. B., & Cogollo, K. V. (2018). Significación del espacio barrial como imagen de ciudad: El caso de Pescaito, Santa Marta. *Andamios*, 15(38), 39-64. Scopus. <https://doi.org/10.29092/uacm.v15i38.651>
- Díaz Arenas, P. F. (2015). Del imaginario urbano a una aproximación de ciudadanía educada. *miradas (Pereira)*, 1. <https://doi.org/10.22517/25393812.12221>

- Ellard, C. (2016). *Psicogeografía: La influencia de los lugares en la mente y el corazón*. Editorial Ariel.
- Filardo, V. (2001). Ciudad: Imágenes e Imaginarios. 3, 37-44.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*.
- Restrepo, E. (2016). Etnografía: Alcances, técnicas y éticas. Enviñón Editores.
- Reyes-Guarnizo, A. B. (2014). De los imaginarios colectivos a la apropiación del territorio: Un recorrido conceptual. *Bitácora Urbano-Territorial*, 24(1), 14.
<https://doi.org/10.15446/bitacora>
- Silva, A. (2006). *Imaginarios urbanos (5°)*. Tercer Mundo Editores.
- Villar Lozano, M. R., & Amaya Abello, S. (2010). Imaginarios colectivos y representaciones sociales en la forma de habitar los espacios urbanos. 17-27.